Con frecuencia consideramos que la reanimación ha de hacerla otro y, desde luego, sin que yo sufra

Levante-Emv

Quien no se arrepiente de verdad, no ama de veras, y las crisis cuya causa es el egoísmo sólo las resuelve el amor, la donación, la generosidad, justo lo contrario de lo que nos ha conducido al estado que lamentamos

Resurrección es palabra grandiosa y sencilla, amable y sobrecogedora porque podemos emplearla como la expresión del muerto que vuelve a la vida, pero también sirve para manifestar la recuperación de un enfermo, para enunciar la conversión de un pecador, el regreso al hogar de quien lo abandonó, el renacimiento de un determinado arte, la recuperación de un paisaje deteriorado o la restauración de un idioma perdido.

Ahora es bien fácil hacer presente la necesidad de resucitar económicamente porque, según un montón de datos, estamos como muertos en ese terreno. Y si pensamos en las causas de esa crisis, veremos con facilidad que es cada país, cada región, cada persona en definitiva quienes necesitamos resucitar. Es necesario que el hombre mendaz y avaricioso —cada uno mire a sí mismo—, provocador de la angustia que padecemos, resucite, cambie de tal modo que se quede como nuevo. Lo curioso es que, sea personal o colectivamente, con frecuencia consideramos que la reanimación ha de hacerla otro y, desde luego, sin que yo sufra. Mal camino.

Puede parecer irreverente que, cuando conmemoramos la Resurrección de Cristo, un cura comience un artículo de esta manera. Creo que no, porque Jesús resucitado es el alivio que necesitamos, más aún: el cimiento sobre el que volver a edificar unas vidas casi muertas. **San León Magno** decía en un sermón sobre la Pasión que no se encuentra vestigio alguno de bondad en el corazón del que la avaricia ha hecho su morada. Y es muy difícil abandonar la codicia sin un motivo fuerte. Ese motivo puede ser para muchos el Resucitado que da sentido a la vida, a toda la vida, previo examen de conciencia y consiguiente arrepentimiento, pues sin ellos nos convertimos en esos personajes famosos que jamás tienen nada que rectificar. Mal camino.

Me atrevería a decir que la valentía de clavar los ojos en el Cristo muerto y glorioso es la senda más segura para salir de esta situación, que es un problema del hombre mismo. Quien no se arrepiente de verdad, no ama de veras, y las crisis cuya causa es el egoísmo sólo las resuelve el amor, la donación, la generosidad, justo lo contrario de lo que nos ha conducido al estado que lamentamos. **San Agustín** dijo algo que sirve para creyentes y no creyentes, y también para referirlo a cualquier asunto: al comentar las palabras de un conocido salmo —*«Oh, Dios, crea en mí un corazón puro»*—, añade que para que sea creado este corazón puro, hay que quebrantar antes el impuro.

Sólo así se resucita verdaderamente, cuando se muere a lo que va mal. Si siempre el muerto es el vecino, no habrá resurrección, por no mirar lo más intrínseco de mí: el propio corazón, que siendo lo más íntimo y familiar, también puede ser el peor enemigo. Dijo Cristo que del corazón proceden los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios y las blasfemias. Supongo que no trató de ser exhaustivo, sino que se sirvió de esos errores comunes para indicar la importancia de una interioridad sana. Para un cristiano, ese corazón sincero e inquieto tiene su modelo e impulso en Jesús de Nazaret.

Pablo Cabellos Llorente

Phoca PDF